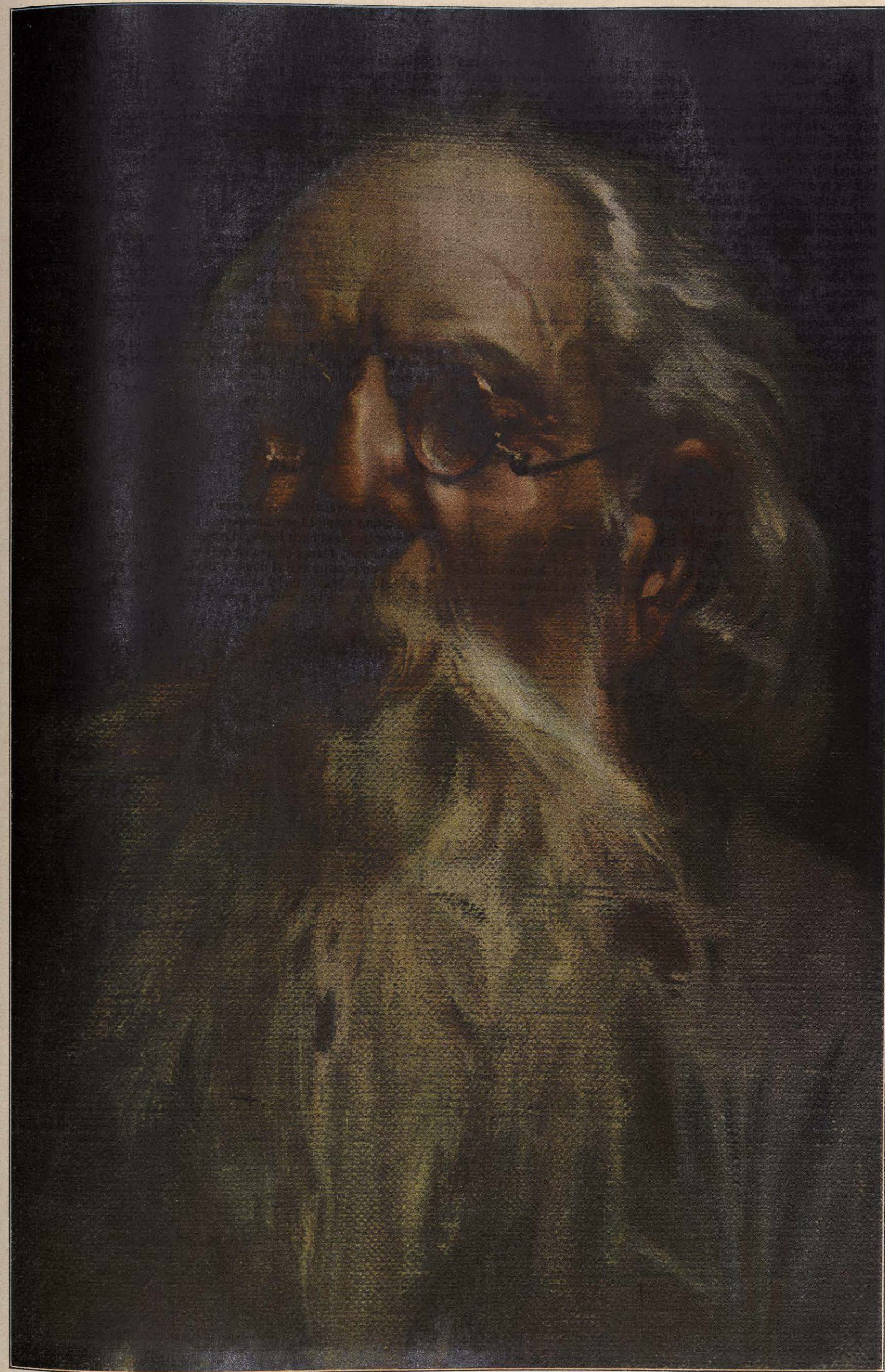


BIBLIOTECA ALFONSO XIII
MUSEO DE HISTORIA NATURAL
CIBOLA



Cabeza de estudio; por JULIO BORRELL.

BELLAS ARTES

La trinidad artística Pedro, Ramón y Julio Borrell constituyen tres individualidades distintas y un solo culto verdadero por el arte.

Don Pedro, el padre, puede descansar tranquilamente sobre sus laureles, después de haber educado cuatro generaciones de jóvenes al sentimiento de lo bello, y aunque de vez en cuando se ve alguna obra suya, como el cuadro *¡Buenas perdices!* que publicamos en este número, es más bien obra pretérita, recomendable como suya, pero no producto de la actualidad. Bien merece el descanso ahora, quien ha fatigado toda su vida en la civilizadora labor de la enseñanza.

En cambio, sus hijos Ramón y Julio, baten rudamente el cobre, pues ambos son jóvenes, ambos poseen especiales disposiciones, y ambos, por fin, tienen mucho camino por delante para convertir en hechos las valiosas promesas con que nos brindan.

Este número, consagrado a las obras de los tres artistas, publica en sus páginas en color una buena *Cabeza de estudio*, un cuadro, *Una boda principal*, y *Parada de coches*, apunte del natural, los tres de Julio.

En la primera, échase de ver un prolijo y acabado estudio de una cabeza de viejo, notablemente dibujada y colorida con verdadero *amore*, un poco académica si se quiere, pero resuelta con perfecto conocimiento del tecnicismo pictórico.

Es la segunda una escena señorial, en la que resalta, en primer lugar, la hermosa disposición de la perspectiva, inspirada en la escalera del más grandioso de nuestros edificios públicos. El artista ha sentido bien la

época de la arquitectura, y al fondo, bramantino con ribetes de *rococó*, ha aplicado unas figuras del Imperio, ricamente ataviadas, como de boda, formando lucido cortejo que sigue a los novios. La composición es bonita y la entonación es rica sin ser farragosa, envolviendo todo el elegante cuadrado en una tonalidad gris que lo hace sumamente simpático. Creemos que ampliado y resuelto *secundum arte*, sería un excelente tema para un gran cuadro decorativo.

El último es, como hemos dicho, un apunte del natural, sorprendido con mucha soltura y que tiene el agradable *cachet* de las cosas creadas sin esfuerzo.

De Ramón es la *Era que va* en último término, estudio cuidadoso de un detalle que resulta siempre pintoresco.

También de Ramón son los otros cuadros en negro, *Retrato, Porté* (Cerdaña), *Estudio de paisaje* y *Cerdaña francesa*, en todos los cuales se observa buen gusto en la elección de los asuntos y un gran fondo de buena fe al transcribirlos con una meticulosidad casi documental.

En cambio el *Sacrificio druídico* de su hermano, es una manifestación más de la cultura del joven pintor, á quien no falta seguramente fantasía para asimilarse los más arduos asuntos.

Ambos artistas están ya preparando la exposición anual de sus obras en su propio taller, y, por algunas que hemos visto, podemos adelantar que merecerán el beneplácito de los inteligentes.

FRANCISCO CASANOVA

EL LEGADO DEL FRAILE

El Padre Anselmo no hizo testamento. ¿Para qué hacerlo? Cuatro manteos y sotanas, rotos y sucios; un par de sombreros, que, por el color y las peladuras, parecían fabricados con pieles de ratas sexagenarias; algunas prendas de uso interior, convertidas, á fuerza de remiendos y costuras, en muestrario de telas y zurcidos; negro bastón de ébano con puño de plata, trocado por el uso y los golpes en deforme conjunto de abolladuras; y todo ello, con el aditamento de modesta librería de

breviarios y autores místicos, no eran bienes dignos de las formalidades de una última voluntad solemnemente manifestada.

Bastó con que el buen Padre, al advertir los primeros síntomas de la dolencia mortal, fuera pegando en cada uno de los objetos susceptibles de legado un papelito con el nombre del favorecido, para que la pobreza del fraile quedase formal y equitativamente distribuida.

Y tuvieron que ver, apenas aquella rugosa piel, rellena de huesos,



SACRIFICIO DRUÍDICO — Cuadro de JULIO BORRELL.



CERDAÑA FRANCESA — Cuadro de RAMÓN BORRELL.

encontró sepultura en el tranquilo cementerio del pueblo, la impaciencia de los beneficiados en la memoria del difunto por saber tasar y adjudicarse el objeto de la manda; las defeciones de unos, las alegrías de otros y la gratitud de los menos.

Uno tan sólo de los herederos recibió la porción que le correspondía en el reparto con triste y silencioso agradecimiento. Era Juan Manuel, médico, joven y muy reflexivo, que por su mala fortuna hubo de encerrar las ilusiones nacidas al calor de una carrera interminable, en la media docena de lugares enclavados en el partido rural que le tocó en suerte, y que cuando después de exhibir nombramiento y títulos á un alcalde cenil, que recibió con malos modos, ni más ni menos que si se tratase de un titiritero de feria, miró á su alrededor en busca de una persona, pudo dar sólo con la vieja, triste y desmochada del fraile exclaustrado.

Entre el fraile y el médico establecióse pronto esa mutua corriente de simpatía que nace en la diferencia de años é identidad de juicio. El uno, mirando atrás, siendo historia vivida, índice del pasado; el otro, mirando adelante, siendo libro en prensa, programa del porvenir, completaron una Memoria y fundieron una inteligencia en el crisol del estudio ameno, hecho en el trato íntimo y en la conversación diaria.

Júzguese pues, la pena de Juan Manuel, cuando, enfermo el amigo inseparable, tuvo que confesar la ineficacia de su ciencia para salvar aquella vida; y júzguese también el dolor con que el médico, apenas cumplido el piadoso deber de conducir á la fosa los restos del difunto, concurriría al inventario y distribución de la herencia, hecho por los mismos interesados.

—Esto para usted, don Juan Manuel,—dijo un cazurro entrometido, que abrogóse facultades de presidente en aquel concurso macabro; y entregó al médico un pliego muy cerrado, amarillento y roto por las puntas.

Guardó Juan Manuel el pliego, fué á su casa, encerróse en el despacho, y después de examinar el exterior, detenidamente, rompió el sobre, nó sin cierta emoción, debida al cariño y respetabilidad del donante. El pliego encerraba un escrito dirigido al médico, y otro sobre lacrado de pergamino, que trascendía á viejo, con una inscripción latina, medio borrada por los efectos corrosivos del tiempo.

Depositó el segundo sobre en un lado, cuidadosamente, cual si temiera que se quebrase; y caviloso por saber lo que en el escrito quiso decir el fraile, se dispuso á leerlo.

La lectura dejóle estupefacto. Viniera la cosa de cualquier otro nacido y la tomare con seguridad á broma, ó á burla; pero hartas pruebas tenía de la sensatez y cariño del Padre para dudar un momento de su intención ni de sus facultades mentales.

El asunto no era para menos. Escribible el Padre Anselmo, que en

prueba de afecto sincero y confianza absoluta, legábale una joya, de inestimable valor, llegada á sus manos, junto con el báculo abacial, en el Monasterio donde transcurrieron sus años hasta el día de la excomunión. Y la joya consistía en la facultad otorgada por el cielo, á un varón seráfico, que murió en aroma de santo, allá por mediados del siglo xiv, y á los poseedores del milagroso secreto, de poder dar nueve vidas á un difunto, mediante la inmediata aplicación del contenido del sobre lacrado. Durante muchos años fué pasando la gracia de abad en abad, sin que nunca el ejerciente creyera á su antecesor, con haber algunos santificados más tarde, ni persona alguna de su tiempo, mercedores, por sus virtudes, de milagrosa resurrección; y de esta manera llegó el sobre á manos del Padre Anselmo, y éste, á falta de abad á quien endosarlo, legábalo á su buen amigo el médico, como la única cosa de valor de cuantas constituían su pobrísima hacienda; y sin otra cortapisa que la de no emplear el remedio en beneficio del donante.

Juan Manuel leyó y releó veinte veces el extraordinario escrito, y tanta era su admiración por el saber y las virtudes del muerto, tantas enseñanzas hubo escuchado de sus labios y tanto respeto inspiróle en vida, que, desoyendo las voces de la incredulidad, que sonaban con ecos de burla en el interior de su cerebro, llegó á persuadirse de la certeza del milagro, y á convencerse de que, con la posesión del sobre, era dueño absoluto de una fortuna.

Y después de mucho discurrir, decidió, como mejor manera de lucrarse con el secreto, realizar el prodigio en el primer potentado cuya resurrección fuera pagada á buen precio por la familia; y con esta idea, recogió sus pequeñas economías, despidióse del alcalde y de los principales convecinos y clientes, y fuése á Madrid, donde con más facilidad que en parte alguna pudiera topar con el difunto que necesitaba.

Llegado á la Corte, dióse á leer las esquelas funerarias de los periódicos, esperando encontrar la de algún personaje, mercedor de los beneficios del milagro, pero todos, aunque acompañados de profusión de títulos y adjetivos, parecióronle gente de poco pelo.

—Hay que esperar — se dijo; — estos gordos caen por rachas.

Y esperó mucho tiempo, advirtiendo con recelo que sus ahorros iban más deprisa que su paciencia; hasta que un día, lleno de júbilo, al ver que la primera página de los periódicos de gran circulación ocupábala el anuncio necrológico de un prócer ilustre por sus títulos y riquezas, cuya muerte, á creer á los gacetilleros, era una pérdida irreparable para la familia, la patria y la humanidad, creyó resuelto el problema el heredero del Padre Anselmo.

—Este es mi hombre—pensó Juan Manuel; — y vistiendo su único terno negro, fué á la casa mortuoria, llegóse al deudo más próximo y con el mayor aplomo y seguridad díjole que, contando con la gratitud